

GABRIEL ENTIN Y JORGE MYERS (eds.). *Itinerarios de un metaconcepto. La comunidad en el siglo XIX latinoamericano*. Madrid: AHILA-UAM Ediciones, 2024.

Los diagnósticos contemporáneos sobre la crisis de las sociedades democráticas occidentales son un tópico recurrente en la prensa y el debate público en general. Anomia, fragmentación social, las dificultades para conciliar la armonía social con las demandas que el nuevo multiculturalismo plantea en algunas de esas sociedades, y hasta el surgimiento de nuevos liderazgos mesiánicos como respuesta a esas supuestas crisis en las sociedades latinoamericanas (el temido “*democratic backsliding*”) son términos que se repiten diariamente entre analistas, observadores de todo tipo, y dirigentes políticos. El debilitamiento de lo que Rosanvallon llamó “las instituciones invisibles” (la confianza, la autoridad, la legitimidad), que forjan el sentido de comunidad y permiten proyectarlo en el tiempo, es ciertamente parte de ese proceso.

Sin embargo, la noción de comunidad –que supuestamente se ve amenazada por estos peligros– es difícilmente analizada con el cuidado que merece y, como bien ilustran los editores y los autores de los distintos capítulos de este libro, los interrogantes en torno a la misma han adoptado distintos rasgos en circunstancias diferentes de tiempo y lugar, pero manteniendo una preocupación común: las tensiones entre las fuerzas que constituyen la vida en común y la tendencia a la individualidad y la fragmentación, aquello que Immanuel Kant había designado en su *Idea sobre una historia universal en clave cosmopolita* (1784) como “la insociable sociabilidad” de los hombres.

Esta colección, entonces, tiene como objetivo la conformación de una historia intelectual del término “comunidad” tal como este se desplegó en los debates políticos, las corrientes ideológicas y las transformaciones que atravesaron a la América Latina a lo largo del siglo diecinueve. Estructurado en tres partes –“Constituciones”, “Heterogeneidades”, y “Ciencias”–, cubre temas tan diversos como las distintas aproximaciones políticas al concepto durante las independencias, el impacto del mismo en la organización institucional en distintos casos nacionales y subnacionales, su presencia en debates de la prensa periódica y los círculos literarios, y su entrecruzamiento con el desarrollo de ideas de nacionalidad, ciudadanía, exilio, y los conflictos sociales, a cargo de un prestigioso elenco de especialistas.

Como bien señalan los editores en su introducción, para alcanzar tal objetivo resulta más productivo aceptar “una pluralidad de perspectivas heurísticas” más que atarse a un monismo teórico y metodológico rígido y es esa pluralidad uno de los rasgos más destacados de la colección. Es que tal como indica el subtítulo que encabeza esa introducción, el término “comunidad” parece estar

marcado por “una polisemia exacerbada”: tanto en Europa como en América Latina a lo largo del siglo diecinueve, el problema de pensar la constitución de una forma política común se convirtió en eje de uno de los campos semánticos centrales del vocabulario político y social, “un concepto que subyace a los demás conceptos, un metaconcepto”. Algunos de los estudios se enfocan precisamente en algunas comunidades definidas geográficamente o sobre el papel de algunos letrados en particular (Francisco Ortega, Jorge Myers y Clément Thibaud en sendos capítulos sobre distintos momentos de la historia política de Nueva Granada [Colombia]; Andrés Jockyman sobre Rio Grande do Sul, Matías González sobre la cuestión social mexicana hacia 1850, Gerardo Caetano sobre el letrado uruguayo Martín C. Martínez, Magdalena Cámpora sobre Domingo F. Sarmiento); mientras que otros ofrecen vistas panorámicas sobre temas centrales para la definición de ese vocabulario (Gabriel Entin sobre la construcción de la comunidad política y el gobierno de las independencias; Inés de Torres sobre la prensa de mujeres en el Río de la Plata y Brasil; Ori Preuss sobre el papel de los letrados latinoamericanos en la integración regional durante la primera mitad del siglo diecinueve; Edward Blumenthal y Pilar González Bernaldo de Quirós en sus estudios sobre las políticas de inclusión y exclusión a través del exilio y de las definiciones en torno a la idea de nacionalidad). Quentin Deluermoz ofrece un muy inteligente epílogo al volumen en su estudio sobre la Comuna de París y su proyección sobre América Latina.

La introducción a cargo de los editores presenta un detallado panorama de las mutaciones del concepto desde la antigüedad clásica, reflejando precisamente las maneras en las que, a lo largo de la historia, el concepto y la experiencia de “comunidad” emergieron de sus propias crisis, guerras o divisiones internas, como una búsqueda de herramientas para lidiar con las mismas (p. 16). Si bien es cierto que esa herencia clásica reconocía que “lo común no es sinónimo de unidad”, y que la división (“*stasis*”) era constitutiva de la sociedad, llevando los conflictos entre aristocracia y multitud hasta el abismo de la guerra civil (p. 18), en la era moderna, Maquiavelo sostuvo en sus *Discursos* que, en Roma, “la desunión del senado y del pueblo” había creado el marco para la sanción de las leyes en favor de la libertad, evaluando de otra manera el papel de los “tumultos” y los “desórdenes” que muchos condenaban: “fijando bien la atención en ellos, se observará que no produjeron destierro o violencia en perjuicio del bien común, sino leyes y reglamentos en beneficio de la pública libertad.”

Agregaría aquí una breve digresión sobre otro posible capítulo que podría ser incluido en esa riquísima historia del concepto. El que se enfoca en una interpretación “moderna” del mismo, asociada al cambio de escala de las sociedades occidentales y al surgimiento de lo que la Ilustración escocesa identificó como la “Gran Sociedad”. Esta demandaba nuevos códigos de

conducta al registrarse el paso de las relaciones “cara a cara” de las comunidades pequeñas, al relacionamiento abstracto de la “sociedad comercial”: “en la sociedad civilizada”, sostenía Smith en *La riqueza de las naciones*, los hombres necesitan continuamente la cooperación y asistencia de grandes multitudes, mientras que “no le alcanzaría toda su vida para ganarse la amistad de unas pocas personas.” Eran los intercambios comerciales lo que facilitaría por una parte la satisfacción de esas necesidades, generando también nuevos lazos comunitarios. Aquello que Marx denunciaría décadas más tarde como el descarnado vínculo generado por el “*cash nexus*”, era visto por los escoceses como una muy positiva relación entre la expansión del comercio, el refinamiento de las costumbres y el aplacamiento de las pulsiones guerreras propias de una comunidad primitiva. Para David Hume, la expansión comercial había producido también “el refinamiento en las artes” y originado nuevas formas de sociabilidad que enriquecían el sentimiento de lo común, de una manera novedosa (Hume, “Del refinamiento en las artes”, en sus *Ensayos morales, políticos y literarios*):

Cuanto más avanzan estas artes refinadas, más sociables se hacen las personas, y no es posible que, cuando están enriquecidas con la ciencia y poseen recursos de conversación, se conformen con la soledad, o vivan distantes de sus conciudadanos, a la manera que es propia de las naciones ignorantes y bárbaras. Se agrupan en ciudades; les encanta recibir y comunicar conocimientos, mostrar su ingenio o su educación, sus gustos en la conversación o en el modo de vivir, en el vestido o en los muebles. [...] Por doquier se forman clubes y sociedades. Los dos sexos se mezclan de una manera relajada y sociable, y el temperamento de las personas, al igual que su comportamiento, se refinan con rapidez.

La comunidad en la sociedad democrática

En el siglo diecinueve, el ascenso de la sociedad democrática ofreció nuevas oportunidades para pensar los caminos de constitución de “lo común”. Para Alexis de Tocqueville, la democracia en los Estados Unidos presentaba un fascinante escenario en el que el espíritu de asociación operaba como el mejor remedio al peligro del “individualismo”, esa particular versión del aislamiento y atomismo social que ponía en riesgo la subsistencia de los lazos comunitarios: “los norteamericanos de todas las edades, de todas condiciones y del más variado ingenio, se unen constantemente y no sólo tienen asociaciones comerciales e industriales en que todos toman parte, sino otras mil diferentes: religiosas,

morales, graves, fútiles, muy generales y muy particulares”. El argentino Domingo Faustino Sarmiento, que recorrió la Nueva Inglaterra en la década de 1840 sintiéndose un heredero intelectual del francés, no podía menos que coincidir con ese diagnóstico: los norteamericanos habían adquirido un sentimiento, que Sarmiento describía como “conciencia política”, que les indicaba los deberes y derechos que correspondían a “la asociación”: donde se reunían “diez yanquis [...] antes de poner el hacha al pie de los árboles para construirse una morada, se reúnen para arreglar las bases de la asociación.” Para su compatriota, el católico Félix Frías, en cambio, esa conciencia política, lo que Frías llamaba la “capacidad democrática” para establecer colectivamente una comunidad política, sólo podía provenir del sentimiento religioso: la comunidad democrática era “el último y el más completo resultado de una civilización cristiana”, según la correspondencia que Frías mantuvo con Francois Guizot, en 1849. De modo similar, el conservador mexicano Lucas Alamán se expresaba a mediados de siglo en su *Historia de México* (1852): “no se ha reflexionado, que siendo el principio fundamental de la sociedad moderna el egoísmo, este no puede ser la base de ninguna institución política [...] que por consiguiente esa sociedad debe caer.”

Estos ejemplos ilustran el acierto de los editores y los autores de los distintos capítulos al enfocar sus estudios en la era de las independencias, y principalmente en las décadas que van entre 1830 y 1860, reflejando la influencia que las revoluciones europeas de 1848 tuvieron al momento de conceptualizar la comunidad política durante ese período. Como bien señaló Christopher Clark, “el vocabulario vernáculo liberal de la Europa del siglo diecinueve”, resultado de décadas de circulación transnacional de hombres e ideas, se vería fuertemente sacudido por esas revisiones conceptuales, produciendo, como sostienen los editores de este volumen, un notable proceso de “nomadismo conceptual”. En ese sentido los estudios aquí reunidos son un buen complemento a los trabajos recientes sobre el impacto global de esas revoluciones, como el de Clark (*Revolutionary Spring. Europe and the Fight for a New World, 1848-1849*), Roberts (*Distant Revolutions. 1848 and the Challenge to American Exceptionalism*) o la colección editada por Deluermoz, Fureix y Thibaud, *Les Mondes de 1848. Au-delà du Printemps des peuples*, a la que contribuyen algunos de los autores de esta compilación.

Finalmente, el estudio introductorio recupera acertadamente dos usos especiales del término “comunidad”, que tuvieron una larga vida en las ciencias sociales contemporáneas al momento de pensar las formas “tradicionales” y “modernas” del relacionamiento social: la tipología elaborada por Ferdinand Tönnies hacia fines del siglo diecinueve en su libro *Gemeinschaft und Gessellschaft*; y el libro que un siglo después generaría una enorme producción en la historiografía y las ciencias sociales latinoamericanas, *Imagined Communities. Reflections on the Origin and Spread of Nationalism* de Benedict Anderson.

Sería imposible hacer justicia en estas páginas a todos los capítulos que integran el libro, pero querría hacer mención en las líneas que siguen a dos en particular, porque ofrecen un camino alternativo al de esos textos clásicos mencionados, para concentrarse en el papel que *individuos* en particular jugaron en la conformación de un sentido de comunidad en la historia latinoamericana. El primero es el de Gabriel Entin sobre los gobiernos de los líderes militares de las luchas de la independencia como forjadores de una comunidad política en particular. El segundo es el análisis que Magdalena Cámpora dedica al uso que Domingo Faustino Sarmiento hizo de la elaboración de “tipos”, categorías descriptivas de personajes presentes en su *Facundo*, como “signos probatorios de comunidad”.

Entin recupera el análisis que Rousseau hizo en el *Contrato social* de la figura del legislador como la figura extraordinaria que permite la institución del cuerpo político, –al orientar la voluntad general hacia “el buen camino”, preservándola de “la seducción de las voluntades particulares”–, para ilustrar la manera en la que, en Hispanoamérica, los gobiernos unipersonales ejercidos por los líderes militares fueron agentes en la construcción de la comunidad política. El capítulo, organizado en tres partes, recorre la emergencia de la figura del legislador en las revoluciones de independencia; la creación del héroe y su vinculación con las formas de gobierno, y, finalmente, los proyectos constitucionales producidos por esos “legisladores-héroes”, como Bolívar y San Martín. Además de esa muy productiva contribución que en términos conceptuales ofrece el capítulo en sí mismo, se abren aquí numerosas avenidas para futuras exploraciones: la renovación sobre las discusiones por el papel de la voluntad del líder político en los procesos históricos; los estudios sobre el papel del carisma, –y los mecanismos culturales y simbólicos utilizados para su construcción y mantenimiento– en esos liderazgos, las consecuencias de más largo plazo para la cultura política latinoamericana de los mismos (lo que Alberdi condenaba como una nefasta “poesía de las estatuas” que estimulaba en Sudamérica el gusto por las guerras y la carrera militar); los regímenes de excepción y su papel en la construcción de los órdenes políticos liberales (como bien señala el autor, esos gobiernos no se asumen como poderes de excepción en un orden preexistente sino que intentaban construir el mismo, distinción que recuerda la establecida por Carl Schmitt entre la “dictadura soberana” y la “dictadura comisarial”).

Es igualmente productivo el análisis que Magdalena Cámpora dedica a la utilización que Sarmiento hace de los “tipos” (el rastreador, el baqueano, el cantor, etc.), –y a las fuentes en las que abrevaba el sanjuanino (las “fisiologías”)–, con el propósito de instalarlos como “signos probatorios de comunidad” en las nuevas repúblicas. Tenemos aquí, entonces, no a los líderes militares sino a los letrados decimonónicos como forjadores de sentidos de comunidad. Y, como

bien señala la autora, ese proceso no dejaba de ser disputado: Valentín Alsina le señalaba a Sarmiento que su procedimiento erigía en “clases” a lo que no dejaban de ser “excepciones y rarezas”. A esas voces que no se resignaban a aceptar esas “excepciones y rarezas” como definidoras de la identidad rioplatense podría agregarse la de Juan María Gutiérrez, que describía a los personajes de “El matadero” de Echeverría, como “croquis, bosquejos”, que no habían sido escritos para ser publicados tal cual habían salido de la pluma del autor, como lo probaban “la precipitación y el desnudo realismo” con el que estaban redactados. Más severo era todavía el análisis que Gutiérrez hacía del *Facundo* y los tipos sarmientinos: “todo hombre sensato verá en él una caricatura: es este un libro como las pinturas que de nuestra sociedad hacen a veces los viajeros por decir cosas raras: el matadero, la mulata en intimidad con la niña, el cigarro en boca de la señora mayor, etc., etc. La República Argentina no es un charco de sangre [...]. A cada momento veo que el autor del *Facundo* no conoce sino uno de los patios interiores de ese magnífico palacio donde hemos nacido por fortuna.” Los rasgos definidores de las nuevas comunidades constituirían entonces nuevos campos de disputa en el mundo letrado hispanoamericano.

Los dos capítulos seleccionados son sólo una muestra de la riqueza conceptual y la productiva apertura de nuevas agendas de investigación que todo el volumen ofrece a los lectores interesados no solo en la historia del concepto de comunidad en la América Latina del siglo diecinueve sino en su historia política y cultural en términos más generales. Sin duda, la obra está llamada a convertirse en un indispensable primer paso de consulta para quienes quieran incursionar en esos temas.

Eduardo Zimmermann

Universidad de San Andrés, Buenos Aires

ADAM BAIRD. *From South Central to Southside: Gang Transnationalism, Masculinity, and Disorganized Violence in Belize City.* Temple University Press, 2024.

From South Central to Southside: Gang Transnationalism, Masculinity, and Disorganized Violence in Belize City by Adam Baird (a researcher with the United Nations Institute for Disarmament Research) is a valuable contribution to the understudied field of social life in Belize and Central American/Caribbean cultural studies, with a foreword written by the esteemed cultural and medical anthropologist Philippe Bourgois. Baird examines the social, cultural, and economic factors that contribute to gang violence in Belize. Asking the question, “Why does transnational gang culture successfully take root and grow in some communities